

En las Comunidades Locales están la VIDA y la MISIÓN



La Comunidad Local, referente destacado en nuestra Vida Religiosa

La Comunidad es un don, es lugar donde se llega a ser hermanos y es lugar y sujeto de Misión. Entre todos hemos fabricado un “sueño de comunidad encantada y encantadora”. La cuestión es si nos despertaremos con gozo o decepcionados. La Comunidad no está hecha, sino que se hace a partir de la convocación que procede del Espíritu, es decir, del amor trinitario. Desde este amor nos corresponde hacer real la comunidad morada, escuela y misión.

LLAMADAS – CONVOCADAS – ENVIADAS

Son tres palabras nucleares en la vida de la comunidad cristiana.

¿Transparentamos y crecemos en esta comunión en Cristo?

Es un hecho que hoy se hacen confluir hacia la vida fraterna en comunidad los elementos esenciales de la vida consagrada y se ve cómo en ella se entrelazan todos sus aspectos positivos y negativos. En ella converge la centralidad de la persona de Jesús, la vivencia de los consejos evangélicos de castidad, obediencia y pobreza y la misión a la que ha sido llamada. En la vida comunitaria se revelan el grado de entusiasmo, de esperanza, de gozo, de compromiso apostólico; la calidad de la vida espiritual, la creatividad, el interés por las personas del medio ambiente y de la Iglesia particular, la solidaridad con los más pobres, los que sufren y los excluidos... Igualmente se pueden apreciar el malestar, el desencanto, la apatía, la desmotivación, el individualismo, la marginación de todo lo eclesial y congregacional, el desinterés por todo aquello que debiera interpelarnos por carencias de dignidad, de libertad, de justicia, de verdad.

Esta incidencia de todos los elementos esenciales de la vida consagrada en la vida comunitaria hace pensar en la necesidad de fijar en ella la atención. Cuidando la vida fraterna, se cuida de las personas y se sopesan las estructuras. La comunidad local es el medio en el que crecemos, maduramos y alcanzamos la plenitud según el carisma y misión del propio Instituto.

La imagen de la *Trinidad de la Misericordia* concreta la llamada a unas relaciones de calidad en nuestras comunidades. En este icono, aparecen en tres círculos el Padre, el Hijo y el Espíritu *inclinándose* hacia el ser humano roto. El Padre *lo sostiene*, el Hijo *le sirve* en un gesto que nos recuerda al lavatorio de los pies, y el fuego del Espíritu *alienta y fortalece* su actuar conjunto. Al igual que en este icono, para que nuestras relaciones comunitarias sean de calidad hemos de inclinarnos hacia el otro saliendo a su encuentro y sostener la vida común desde el servicio alentando la unidad desde el fuego del amor.

CALIDAD – CALIDEZ – CUIDADO

Son tres palabras que -como la Trinidad- condensan un significado común de calidad.

¿Quién o qué determina la calidad comunitaria?

La respuesta de Tertuliano en el Siglo II nos resulta muy sugerente: “¡Mirad cómo se aman! Mirad cómo están dispuestos a morir el uno por el otro”.

A los primeros cristianos se les reconocía por el amor que se tenían unos a otros y por el modo de atender a los demás. Era una señal inequívoca de su identidad, llevando a la práctica el mensaje de Jesús *"amaos unos a otros como yo os he amado"*, (Jn 13,34). Amar cuidando y cuidar amando es señal de calidad comunitaria. Y esto tiene mucho que ver con la calidez y el cuidado de las personas que forman la comunidad

La pregunta que podemos hacernos es ***¿por qué se nos hace a veces tan difícil convivir con calidad?***. Las relaciones de calidad son muy *exigentes* y requieren en todo momento ser conscientes de lo que elegimos fomentar en nuestra vida cotidiana con aquello que hacemos y decimos u omitimos. La calidad comunitaria nos habla de tener casas abiertas donde quepan todos, también los que vivimos en ellas, para que sean verdaderos espacios de acogida, de crecimiento, de encuentro con Dios y anuncio profético de la Buena Noticia.

Oportunidades que hemos de aprovechar

Los movimientos eclesiales han convertido la vida comunitaria en su centro y bandera. Los religiosos, tras un periodo de fervor, la hemos formalizado demasiado. Si la queremos revitalizar, deberíamos aprovechar:

El entusiasmo carismático

El carisma del Fundador nos remite al Evangelio, a la Palabra de Dios. Vivido y compartido por los miembros del Instituto y los laicos da vitalidad, consistencia, empuje, creatividad a las comunidades y a sus obras apostólicas. Adentrarse en esa corriente de vida es lo que permite tener viva la memoria del por qué estamos juntos, oramos juntos, celebramos, proyectamos y nos comprometemos por el Reino. En pocos momentos de la historia de la vida religiosa ha habido una conciencia y estima tan grande de los carismas fundacionales como en el momento actual. El carisma es un don para la Iglesia, que ha de ser compartido en la transformación del mundo.

Radicalismo evangélico y profecía

Como discípulos y seguidores de Jesús hemos de vivir el radicalismo evangélico y reavivar la profecía.

Vivir en espíritu y en verdad, pues “el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía” (Ap 19,10). Tenemos necesidad de místicos y de profetas. Es preciso recuperar energías desde el constante y profundo contacto con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y abrir bien los ojos a lo que nos rodea de dolor, pobreza, indignidad. Son la base para reafirmar la identidad personal, reactivar la pertenencia, enriquecer los compromisos de misión.

La cultura de la relación y el encuentro personal

La apertura, el diálogo, la solidaridad, el compromiso son valores que están en alza. A la base está la cultura de la relación, de la referencia al otro, de la comunión, del intercambio y de la complementariedad. Esta cultura de la relación nos hace salir de nuestro pequeño mundo interior y nos lleva a reconocer los valores de hombres y mujeres; y a saber compartir y a organizarnos de otra manera. En este tiempo de multiculturalidad se requiere cambiar el esquema de pensamiento racional, lineal, causativo, por otro que sea inclusivo e integrativo.

Dentro de esta cultura de la relación se destaca hoy el valor del encuentro personal en tanto que presencia de comunión creativa. La categoría “encuentro” está siendo un referente constante para definir al ser humano como realidad abierta y sintáctica; intersubjetiva y dialógica. Encontrarse es algo más que hallarse en vecindad, yuxtaponerse, chocar, dominarse y manejarse. Encontrarse implica entreverar el propio ámbito de vida con el de otra realidad que reacciona activamente ante mi presencia. Encontrarse es hallarse presente, en el sentido creativo de intercambiar posibilidades de un orden y otro. El verdadero ideal del ser humano es crear formas valiosas de unidad, haciendo el bien en común (cf. A. López Quintás).

La eclesiología y espiritualidad de comunión

La Iglesia se ha de convertir en casa y escuela de comunión. El ejemplo y la dinámica de la vida comunitaria pueden empujar el crecimiento de la comunión en la Iglesia. Y sus dinámicas de información,

diálogo, participación y corresponsabilidad constituyen un ejemplo a seguir. El Espíritu está liberando a su Iglesia de los egocentrismos, de los localismos y de los individualismos y abre a todos sus miembros a la sinodalidad y a la catolicidad.

En esta onda se entiende mejor la “misión compartida” y la “intercongregacionalidad”, de las que hemos estado ocupados en estos últimos años. La comunión de carismas y ministerios propician la misión compartida y la mutua ayuda y colaboración entre los Institutos. Sabemos que nuestro carisma es un don para la Iglesia y para el mundo. Por un lado nos lleva a estar abiertos a todas las vocaciones eclesiales: ministros ordenados, otros religiosos y consagrados, y laicos. La diferencia vocacional nos introduce en una dinámica de intercambio de dones, de correlación, de complementariedad y de compromiso en la evangelización, aportando cada uno según lo que ha recibido como propio.

Los círculos de referencia, gracias al Espíritu, se nos van ensanchando: la comunidad es local, provincial, congregacional, eclesial, mundial. Todos estamos recibiendo llamadas a favor de la apertura, creatividad, ingeniosidad y disponibilidad para llevar adelante proyectos comunes con los laicos, con los ministros ordenados y con otros Institutos. Es la fuerza que lleva a la reorganización o reestructuración.

Algunos desafíos que se le presentan a la vida comunitaria:

1) Las presencias, los servicios, los estilos de vida.

La comunidad religiosa, según su naturaleza, debería estar cargada de vigor y dinamismo evangélico para la transformación del mundo del dolor, de la pobreza, de la ignorancia... Pero, cuando el grupo comunitario no hace visible el don recibido y esteriliza su servicio, la comunidad queda puesta en entredicho:

- ¿Qué conciencia tenemos de lo que somos y qué aprecio hacemos de nuestra fraternidad como don para los demás?
- ¿Dónde estamos y para qué estamos en el contexto eclesial y social?

Hoy repasamos nuestra historia y nos llenamos de nostalgia. Una comunidad cerrada sobre sí misma, por muy tranquila que parezca, se hace infecunda, se torna irrelevante, no suscita interés para el

seguimiento. No aporta vida a las otras comunidades de la Provincia. Habremos de chequear, qué prestamos en nuestros centros, sino la espiritualidad y la esperanza que transmitimos. ¿Qué calidad de vida comunitaria puede haber con solo criterios organizativos, de eficacia, de prestigio y de bienestar?

2) *La credibilidad de nuestra vida comunitaria.*

Si se duda de la credibilidad de nuestra vida comunitaria, debemos someternos a revisión en profundidad. ¿Qué calidad de vida evangélica estamos propiciando? Hemos de examinar la coherencia entre los valores que anunciamos y los que realmente vivimos. Pero esta falta de credibilidad puede estar apoyada en que no se acaba de ver con claridad qué es lo que de verdad nos apasiona, quién nos aglutina, cómo articulamos nuestra vida desde el seguimiento de Jesús, el puesto que puede tener la Palabra de Dios, la Reconciliación y la Eucaristía. Todo esto se llega a notar.

3) *La disminución y el envejecimiento.*

Dos cuestionamientos que son interpretados de muy diversa forma y que suscitan comentarios para todos los gustos. Son dos fuertes desafíos, pero también son oportunidades que hay que aprovechar para abrirse, acoger y colaborar con otras vocaciones en la Iglesia y para saber mantenerse en un estado de vigilancia continua, de búsqueda constante. Son desafíos que ponen a prueba la capacidad de renovación y adaptación. Resituarse y saber crear un ámbito de convivencia humana, religiosa y de servicio con los laicos es todo un reto para las comunidades. Quedan puestas a prueba la experiencia y la sabiduría de los mayores y la resistencia de los no tan mayores. Todos hemos de hacernos preguntas últimas y extender la mirada más allá de los inmediatos contextos.

Seremos menos en estas latitudes europeas, pero pocos nunca quiso decir algo despreciable. La Biblia considera una gracia el “resto” porque está constituido por un grupo de “pobres”, de “fieles”, que ponen en Dios su fortaleza, que confían en los momentos difíciles en el poder del Señor. Es un grupo que, vuelto al Señor, decide cumplir su voluntad. No son meros retoques institucionales lo que se nos está pidiendo. Es adoptar una actitud básica de conversión a lo esencial y saber dejar lo que nos ata.

Una actitud que nos lleve a vivir de los valores sustantivos de la vida consagrada y, por lo mismo, desde la fraternidad.

4) *Las generaciones que coexisten en nuestras comunidades.*

No es un tema de reflexión sobre la cronología y los derechos y deberes de las edades de la vida, como escribieron hace años, sino de analizar los cambios, las rupturas, la trayectoria, la formación, los desafíos y las respuestas que han dado o que están dando desde los condicionamientos propios de la sociedad, la cultura, la política, la Iglesia, la vida religiosa en el correr de estos 40 últimos años.

Hoy se constata más la contraposición que la continuidad entre generaciones. Los profundos cambios experimentados han afectado a formas de enfrentarse a la vida de manera muy distinta. Sobre todo, se han echado de encima los condicionamientos sociales, culturales y religiosos; y, habiendo adquirido especial protagonismo el individuo, ha emprendido el camino del ensayo, de la apertura sin cortapisas.

Cada generación tiene sus miedos, sus angustias, sus fracasos y sus expectativas y esperanzas. Si queremos que haya reconocimiento mutuo, diálogo y aceptación, hay que fundar las relaciones en suelo carismático que hace posible el enraizamiento, la nutrición, el florecimiento y la maduración. Hace unos años se clamaba por las comunidades homogéneas. En pocos años se ha cambiado el parecer a favor de las comunidades plurales como signos de unidad en la diversidad, como instancias proféticas para este mundo dividido.

5) *La multiculturalidad.*

Las proporciones del desafío de la multiculturalidad en nuestras comunidades están aún por descubrirse. El nuevo rostro de la vida religiosa implica un nuevo modo de ver, de relacionarse, de organizarse, de expresarse y de trabajar apostólicamente. La pluralidad de culturas es una riqueza impresionante para la vida comunitaria a todos los niveles. Pero necesita un proceso de interculturalidad en el que el reconocimiento, la aceptación, el intercambio, la complementariedad se haga una realidad armoniosa. Hay quienes hablan de la interculturalidad como del

imperativo de nuestro tiempo, un imperativo que el cristiano debe asumir si es que quiere estar a la altura de las exigencias contextuales y universales que se le plantean en la convivencia.

Las diferencias de procedencia y de cultura suscitan, no pocas veces, prejuicios, sospechas, reticencias, desentendimientos, etc. Hacen patente la diversidad de gustos ante las comidas, los vestidos, las músicas, las celebraciones, la ornamentación, etc. Aparecen problemas de convivencia, de adaptación, de inconformidad con la formación, con el modo de vivir la castidad, la pobreza, la obediencia, la comunidad, la relación con la familia. Sin embargo, no se arreglan simplemente con gestos de cortesía ni dando normas y orientaciones sobre ellos. La multiculturalidad cuestiona a los Institutos en algo más nuclear de lo que los problemas aludidos son solo expresiones. Cuestiona la comprensión y vivencia de su identidad carismática, que es la fuerza aglutinante de todos los otros aspectos enumerados y la forma de entender la pertenencia. La comunidad religiosa pluricultural está emplazada a ofrecer el signo inequívoco del amor fraterno por encima de razas, pueblos, lenguas, ritos...

Extractos:

- a) *“Repensar las estructuras, estructuras provinciales y comunitarias”* de Aquilino Bocos
Monográfico de Vida Religiosa, 4/2018/vol.124
- b) *“Transparencia en la vida comunitaria”*
Gemma Muñoz Mate
Monográfico de Vida Religiosa, 5/2018/vol.124